



Cruzando el Estrecho

—Hay gente que simplemente no es de mañanas... —me quejo con un suspiro, mientras me desenredo el pelo con el cepillo que me prestó Chika.

—¿De quién hablas? ¿De tu novio?

—¡Te he dicho que no tengo novio! Era solo una forma de hablar.

A veces desearía tener el pelo corto y ordenado como Chika, pero un recuerdo de mi madre elogiando mi melena cuando era pequeña me lo impide, y no soy capaz de cortármelo. Chika se está cepillando los dientes a mi lado.

—Cuando pase eso —escupe el agua—, ¡si les das un beso, se despiertan!

Sonríe con complicidad. Vaya, sí que sabe convertirlo todo en una historia para presumir, pienso, más impresionada que molesta.

—Tengo que ducharme y prepararme para el cole. ¡Tú desayuna!

Mientras disfruto de otro desayuno fantástico en el comedor, su hermano pequeño, que está comiendo conmigo, de repente dice:

—¡Eh, mira! ¡Esto es increíble!

Miro de reojo la tele, que está puesta en las noticias de la mañana, y accidentalmente aspiro un poco de arroz. Sobre un pie de foto que dice “¡Gato avistado en el puente Akashi Kaikyo!” aparece una imagen del gran puente colgante blanco. La cámara hace zoom. Un gatito blanco pasea tranquilamente por uno de los gruesos cables del puente. El reportero narra con un tono que dice: Esto es una noticia inofensiva y entretenida.

“No está claro cómo ha llegado este gato al puente, ¡pero sin duda es valiente! Un vídeo del gato grabado por casualidad con una dashcam está siendo tendencia en redes sociales...”



—¡Souta, mira, es Daijin! —digo tras correr de vuelta a mi habitación.

Cojo la sillita infantil y la sacudo arriba y abajo.

—¡Vamos, despierta ya!

Como ayer, todo lo que consigo tras varios “buenos días” es un suave ronquido y ese calorcito de siempre. Souta se niega a despertarse. Le zarandeo, luego le pongo boca abajo, luego le doy golpecitos, luego lo dejo en el tatami y quito las manos. La silla cae como un trozo de madera sin vida.

Esto no funciona.

—¡Maldita sea!

“Si les das un beso, se despiertan.” Vuelve a mi mente la voz cómplice de Chika. Quizá... Quizá no era solo una fanfarronada. ¿Y si es un truco práctico para despertar a la gente que una tardía como yo no conoce? Cojo ambos lados del asiento y acerco mis labios a la cara de Souta—bueno, al respaldo que hace de cara. Mi primer beso, pienso mientras me acerco a la madera. Cierro los ojos. Mi primer beso de verdad...

—...Pero no tiene boca —murmuro, abriendo los ojos.

No era un buen consejo.

—¿Suzume?

De repente, Souta me habla. Aparto la cara. Da dos pasos ruidosos hacia atrás.

—Buenos días. ¿Pasa algo?

Lo dice con toda la calma del mundo. Me arden las mejillas, como si me hubiera dado un golpe de calor.

—¡Mira esto! ¡Es Daijin! ¿Qué demonios pretende ese gato?

La silla infantil, lenta para despertar, mira al gato que pasea por el puente colgante. ¿Qué pretende hacer tan temprano? Para calmar mi enfado, Souta dice con tranquilidad:

—Los dioses son caprichosos por naturaleza.

—¿Dioses?

—El puente Akashi Kaikyo cruza el estrecho hasta Kobe. Tenemos que darnos prisa...

—¡Suzumeee, te vas pronto, ¿verdad?! —dice Chika desde fuera, llamando a la puerta—. ¿Ya te has cambiado?



—¡Eso te queda mucho mejor que a mí! —dice Chika, mirándome de arriba abajo como cuando nos conocimos.

Llevo unas culottes beige, una camiseta blanca y una chaqueta vaquera grande. La sillita y mi uniforme escolar están en una bolsa de deporte grande. Mi pelo, que nunca conseguí desenredar, va en una sola trenza sobre un hombro. Chika asiente aprobadora.

—Llamas mucho la atención con el uniforme y solo esa silla. Puedes quedarte la ropa y la bolsa.

—Chika...

Me pica la nariz por su generosidad tan natural.

—¿Cómo podría devolvértelo?

—¡No te preocupes! Solo ven a visitarme otra vez.

Vestida con su uniforme de marinera, me abraza en la entrada de la posada.

—Iré, ¡lo prometo...!

Sollozo y la abrazo fuerte. Ya siento que es mi mejor amiga. Una hora después, mientras camino, de repente me llega el fresco aroma cítrico de la ropa que llevo puesta. Ah, ese es el olor de Chika, pienso con un pellizco en el corazón.

* * *

—¿No podemos coger el bus? —pregunta Souta, desconcertado, mirando al cielo.

—...El próximo bus es dentro de seis horas —digo, mirando el horario descolorido en la pared.

Con un chapoteo fuerte, una pila de hojas que debían de haberse acumulado en el tejado de chapa cae de golpe. Nos acurrucamos en la parada de bus, respirando el olor a agua y mirando la lluvia sin esperanza.

Después de dejar a Chika y bajar la montaña hasta una carretera con algo de tráfico, intentamos hacer autostop. Cuando busqué la estación de tren más cercana en el móvil, resultó estar bastante lejos, así que la ruta más corta a Kobe era en coche.



Me puse al borde de la carretera, junto a los arrozales llenos de lirios rojos, y saqué tímidamente el pulgar a los coches que pasaban.

—Suzume, tienes que mostrar más entusiasmo. Agita los brazos o algo —decía Souta desde dentro de la bolsa después de que unos cinco coches me ignoraran.

—¿Y si sales tú a la carretera? Igual alguien para del susto —le respondí sin pensar.

Pero cuanto más lo pensaba, aunque un coche parara por mí, una chica adolescente, igual no era el tipo de coche en el que debería subirme. Justo cuando empezaba a reconsiderarlo, cayó un rayo, empezó a llover a cántaros y corrí a refugiarme en una parada de bus cercana.

—¿Suzume?

Estoy sentada en el banco de la parada, cabeceando un poco, pensando en si las ranas de árbol tendrán sentimientos ya que cantan de alegría bajo la lluvia, cuando Souta dice mi nombre en voz baja, casi susurrando, como si no quisiera interrumpir el sonido de las gotas.

—¿Qué?

—...¿Esta silla es un recuerdo de tu madre?

—Ah... Sí.

El zumbido lento de los neumáticos sobre la carretera mojada interrumpe el canto de las ranas otra vez. De vez en cuando pasan coches, pero ningún peatón.



—¿Por qué solo tiene tres patas?

—Eh... No lo recuerdo muy bien, porque era pequeña, pero...

La sensación de buscar un recuerdo lejano es como estar en el sueño de otra persona. El mundo en el sueño se rige por reglas ligeramente diferentes y la trama no avanza.

—Hace mucho, cuando iba a preescolar, perdí la silla... La busqué por todas partes... y creo que... cuando la encontré, le faltaba una pata.

—Eso es...

El ruido de un coche que se acerca interrumpe a Souta. Es un ruido extraño, como si el coche que acaba de pasar estuviera dando marcha atrás en su carril. Cojo la silla, que se asoma fuera de la caseta para mirar, y justo entonces una furgoneta azul realmente da marcha atrás y se detiene delante de nosotros, con las luces de emergencia encendidas. La ventanilla lateral, que refleja el cielo lluvioso, baja con un suave zumbido.



—¿A dónde vais?

La persona en el asiento del conductor, que hace la pregunta, es una mujer con gafas de sol claras y el pelo castaño rizado.

—Podéis quedaros ahí todo el día, pero no va a pasar ningún bus.

Aquí tienes la traducción al español (España) desde:

El interior de un coche siempre huele a la casa de su dueño. Este coche, propiedad de una mujer que dice llamarse Rumi, huele a perfume de adulta, a luces de ciudad por la noche y también, débil y nostálgicamente, a galletas. Me siento

inquieta, como si hubiera entrado accidentalmente en la casa de una desconocida. Miro por la ventanilla el paisaje lluvioso y reluciente, las gotas de lluvia deslizándose por el parabrisas, los dedos blancos y regordetes en el volante, y vuelvo a mirar las gotas en el cristal.

—Bueno, no podía dejarlos ahí sentados en una parada de bus que lleva años sin servicio —dice—. Pero suena bien eso de viajar sola. ¿Quieres que te deje en el centro de Kobe?

—¡Sí, por favor! —respondo, con la voz quebrada por los nervios.

—¿Suzume, verdad?

—¡Sí!

—Vuelvo a casa después de llevar a las peques a ver a su abuela en Matsuyama.

Echa un vistazo al espejo para bebés junto al retrovisor. El reflejo muestra dos sillitas en la parte trasera, cada una con una niña atada. Parecen de la misma edad, tienen rasgos idénticos y ambas duermen con expresión seria.

—Gemelas. Cuatro años. Hana y Sora —dice.

—Vaya, ¿gemelas?

—Son unas bichas. Cada día es una batalla —dice, sonriendo—. De todos modos, has tenido suerte, porque voy hacia Kobe.

—¡Sí, te lo agradezco mucho! —hago una reverencia, y la mujer se ríe.

—Tranquila, no te voy a comer.

A través de sus gafas de sol, veo que sonrío con los ojos. Suelto el aire que estaba conteniendo y le echo otra mirada mientras conduce. Sus mangas acampanadas son color mostaza, y sus brazos, tan blancos que parece que nunca han visto el sol. Todo en ella parece suave y redondeado. Las delicadas joyas doradas de su cuello y muñecas resaltan sobre su figura blanca y redonda. Es bastante atractiva, pienso. No tanto como Tamaki, claro. Es seductora pero también transmite fiabilidad.

Justo entonces, oigo una cremallera abriéndose detrás de mí y me giro. Mi bolsa, que puse entre las dos sillitas (Rumi me dijo que la dejara ahí), está siendo abierta poco a poco por las gemelas, que



ahora están despiertas. La bolsa se abre y deja ver la cara de la sillita infantil.

—¡Mami, mira!

—¡Mira, mami!

Las gemelas empiezan a darle bofetadas a la cara de Souta por ambos lados. Grito en silencio. Souta se tambalea de un lado a otro, a merced de las niñas.

—¡Dejad eso ahora mismo! —grita Rumi, mirando con severidad por el espejo para bebés—. No. Se. Toca. Lo de los demás.

—Sí, mamá —responden las gemelas automáticamente.

—Perdona —me dice Rumi.

—No, no pasa nada —respondo, sonriendo incómoda.

Miro al asiento trasero. Las gemelas examinan a Souta, con la nariz casi pegada a él. Oh, no.

—...Parece que les interesa mucho eso —dice Rumi.

—Ah, es solo una sillita infantil normal...

—Ya veo... —Rumi se concentra en mí y luego vuelve al espejo—. Sí, siguen mirándola...

¡Aguantá, Souta!, pienso, animándole en silencio mientras las gemelas siguen trasteando con él. El coche avanza por una autopista que discurre por un valle. Pasamos por varios túneles y puentes. El cielo se aclara y oscurece; la lluvia se convierte en niebla y luego en un aguacero. Antes de darme cuenta, las gemelas vuelven a estar profundamente dormidas.

Reviso mis redes una y otra vez, pero Daijin no ha vuelto a aparecer desde el puente. Finalmente, las montañas verdes se abren y dejan ver a lo lejos el puente Onaruto. Una niebla blanca cubre el mar, y cruzarlo es como conducir sobre las nubes. Llegamos a la isla de Awaji, donde nos espera otra sucesión interminable de montañas y túneles. Por fin, los rayos de sol atraviesan las nubes e iluminan las hojas a nuestro alrededor. El coche se acerca al enorme puente que vi en la tele esa mañana. Por un momento, me quedo hipnotizada por las torres del puente Akashi Kaikyo brillando al sol. El mar es como una alfombra azul interminable iluminada por la luz. Abro el mapa en el móvil; hemos dejado Shikoku y estamos a punto de entrar en Kobe. Al pulsar el



registro de viaje, el mapa se aleja y muestra un tercio del archipiélago japonés. Estoy a 588 kilómetros de casa. La inquietud de alejarme cada vez más sin nadie en quien apoyarme se mezcla con la emoción de haber llegado tan lejos por mí misma. El corazón me late más deprisa. Es como si estuviéramos entrando en el siguiente nivel de un videojuego. Al otro lado del puente, hileras de edificios densamente agrupados se extienden hasta el horizonte.

—¡Cuidado con no derramar eso! —Recogemos hamburguesas en un autoservicio del centro y paramos en el aparcamiento para comer tarde.

—¡No ensuciéis las sillitas! —dice Rumi.

—¡Lo sabemos!

—¡Lo sabemos!

Siempre que Rumi regaña a las gemelas, ellas contestan antes de que termine la frase. Mastico mi hamburguesa en el asiento del copiloto y observo nerviosa el drama. Souta ahora sirve de mesa para las gemelas. Como temía, le están echando migas, le caen trozos de lechuga con mayonesa y esparcen patatas fritas grasientas sobre él. La mayor deja caer su vaso lleno de zumo de naranja sobre la silla. Justo cuando creo que va a volcarse, la silla se ajusta y evita que se derrame el zumo.



—¿Eh?

—¿Qué haces,

—¿*¡Qué haces, Souta!?*

Las gemelas miran la silla con creciente sospecha. La más pequeña lanza su vaso de zumo. La silla salta, y el vaso rebota y queda en posición vertical, sin derramar nada. Las gemelas observan cada vez más intrigadas. Souta está tranquilo y callado. ¿A qué clase de juego está jugando?

—Nunca me había fijado en eso antes —dice de repente Rumi.

—¿En qué? —pregunto.

—Se puede ver el parque de atracciones desde aquí.

—¿Hay un parque de atracciones?

—Sí, allí, entre los árboles.

Sigo su mirada más allá de los edificios y cables eléctricos hasta una noria en la ladera de una montaña. Las curvas diminutas parecen perfectas contra el paisaje urbano elegante y vistoso de Kobe.

—Ese sitio siempre estaba lleno cuando estaba abierto. Íbamos mucho cuando era pequeña.

Rumi da un bocado a su hamburguesa y entrecierra los ojos.

—Luego dejaron de tener clientes y hace unos diez años cerró. Supongo que no podían permitirse derribarlo, así que ahí sigue, desmoronándose. Se ve desde toda la ciudad, y cada vez que lo hago me da un poco de pena.

Rumi toma un sorbo de refresco de su vaso de papel y murmura para sí que cada vez hay más sitios solitarios como ese.

Sitios solitarios. Repito esas palabras para mí. Me doy cuenta de que son exactamente el tipo de lugares que he estado viendo en este viaje de seiscientos kilómetros.

Suena un mensaje en el móvil. Mierda, se me había olvidado contestar a Tamaki, pienso, pero resulta ser el de Rumi. Ella coge el teléfono del soporte junto al volante y toca la pantalla.

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

—Pensaba dejar a las gemelas en la guardería, pero parece que cierran porque algunos niños tienen fiebre— ¡Dejad eso!

Grita de repente al espejo para bebés. Las gemelas, que estaban apilando cajas de hamburguesas vacías, vasos de papel y recipientes de plástico como si fuera una torre de Jenga, se sientan rápidamente en sus sillitas.

—De verdad... —suspira Rumi, mirando de nuevo el móvil—. Tengo que abrir esta noche, así que mejor busco a alguien que cuide de las gemelas... ¡Eh, ya sé!

Se gira hacia mí como si acabara de tener una revelación.

—¿Eh? ¿Yo? —pregunto, señalándome a mí misma.

